

ELOGIO FÚNEBRE

DEL SEÑOR OBISPO DE GUERETANO

Dr. D. Ramon Camacho

PROVINCIA

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL

EL DIA 30 DE JULIO DE 1863

1863

SE CANTO EN LA CATEDRAL

D. Florencio Rosas

Exultavit ut gigas ad currendam viam.

Parte con ardor á correr como un gigante su camino.

PSALM. XVIII. v. 6.

Almo. Señor:

POR QUÉ te veo enlutada, hija de Sion? Dónde están tus orlas de oro, dónde la variedad de tus preciosas joyas? ¿Has quedado viuda, Virgen esposa del cordero? Señora de la vida ¿has llegado á ser tributaria de la muerte? Por qué, en vez de la alegría de tus himnos, no hacen hoy eco en tus bóvedas, sino el triste gemido y el llanto del dolor? ¿Por qué tus guirnaldas de risueñas flores, se han convertido en moños negros de lúgubre crespon? ¿Por qué lloran tus muros? . . . ¿Dime, qué significa ese féretro negro que coronan ese báculo y esa mitra? Tu Pontífice qué se hizo? Respóndeme Oid, Señores, oid: "Me entregó el Señor en una mano de la que no podré salvarme. *Dedit mihi Dominus in manu de qua non potero surgere.* Llamó contra mí al tiempo para que quebrantase mi escogido *Vocavit adversum me tempus.* Por eso estoy llorando y mis ojos manan llanto; porque se ha alejado de mí el consolador que me haría recobrar mi al-

ma." (1) "Llena estoy de amarguras, embriagada estoy de ajeno, las cenizas son mi pan." (2)

Decidme entonces, de quién es esa mano? quién es el tiempo? Señores, aquella es sin duda la mano de la muerte! ¡Mano cruel, bárbara mano! ¡mano insaciable de sangre humana, acostumbrada desde la primera edad del mundo á cavar sepulcros, á despedazar coronas, á hacer girones las púrpuras; sus dedos disipan como pavezas á los hombres!

Temblando oye el universo pronunciar tu nombre, ¡o Muerte! cuya mano borra las generaciones de la superficie del globo. ¡Qué estragos no has hecho en la tierra desde que despótica paseas por ella, acompañada de la desesperacion y precedida del terror! La mandas que se trague á los vivientes, y la conviertes en un dilatado cementerio; los placeres mismos ejecutan tus terribles decretos, lisongeando los apetitos del hombre, y se hacen sus verdugos los mas crueles. Suscitas hambres, guerras, pestes, incendios y volcanes, sentada sobre formidables trofeos como sobre un trono de gloria, satisfecha de ver cómo por todas partes se deraman lágrimas y corre á torrentes la sangre de los mortales.

Y tu, o Tiempo, lamentable sombra! que precipitas al abismo los siglos como los instantes para que nunca jamas puedan volver al sér: que marchitas el bermellon de las rosas, la losanía del lirio, y la blancura de las azucenas: que agostas las primaveras, mudas los otoños en inviernos, y pasas ávido de destruccion sobre todo lo que tiene sér: solo con el aire de tus alas matas al niño tierno

(1) Thren. I. 14 15 y 16.

(2) Thren. III. 15.

en los brazos de la madre, sepultas con el mancebo mas intrépido las mejores esperanzas, surcas la frente del varón robusto, y empujas al sepulcro al miserable anciano, que encorvado y con fatiga arrastra los últimos instantes de su existencia cansada; y aun despues de haber devorado las personas, destruyes sus sepulcros, roés sus epitafios, rompes sus mármoles, borras sus efigies, como si tu único destino fuera satisfacer el capricho de extinguir aún su memoria.

¡Y qué? atrevido, ¡para tí tambien la virtud es quimera? ¡El talento y la dignidad ante tus ojos nada valen? ¡Al justo y al impío tú los nivelas? ¡Cruel, déspota, inhumano! ¡A cuántos millares de tus víctimas hubieras indultado por no renunciar la jactancia de contar al Ilmo. Dr. D. Ramon Camacho entre tus muertos!

¡Pero qué digo yo! perdonadme, ¡oh Tiempo, oh Muerte amiga! Ministros sois de un Dios que parece no es justo, sino para que mas resalten sus clemencias.

¡Ah! nosotros mismos irémos sobre la huella móvil de esa multitud innumerable de generaciones que ya no existen: irémos á confundirnos con ese polvo que en otro tiempo fué lo mismo que nosotros somos ahora.

Señores: esa ceniza espantosa á los ojos de la carne, preciosa á los de la fé, me dice que, Dios creándolo todo para el hombre, hizo al hombre únicamente para sí; que el universo no basta para satisfacer á una criatura inmortal; que la inmensidad de nuestros deseos aprueba la inmensidad de la dicha que nos espera: que todas las criaturas no merecen nuestra atencion, sino en cuanto son reflejos de la infinita luz para quien fuimos creados.

Amable virtud, tú eres la única que conduces al hombre al centro infinito que puede dar el lleno á las aspi-

raciones de su grande sér: Pero ¡oh! tú que debieras ser la reina del universo, solo te dejas ver en él como extranjería cuyo idioma el mundo no entiende, y cuya presencia le hace temblar.

Y nada menos que esta es una de las grandes misiones del hombre justo sobre la tierra: enseñar á los mortales cómo por la práctica dulce de la virtud las alas del tiempo no se agitan sino para allegarnos cuanto antes al puerto feliz de la Eternidad, y cómo la mano de la muerte es la mano bienhechora que rompe los grillos de la ignominiosa esclavitud de este cuerpo de corrupcion, para que podamos atravesar volando los espacios que nos separan de la mansion dichosa de la inmortalidad.

Si pues, tú, o Virtud, te dignas enseñarnos qué cosa es la muerte, las sombras que la rodean serán para nuestros ojos vislumbres agradables. Un solo rayo desprendido de la luz que hace tu esencia y tu gloria, esparce sobre la noche mas tenebrosa el dia mas claro, y les da á los mismos sepulcros un aire de serenidad y de vida. ¿Quién eres tú, por tanto, hechicera virtud, que transformas tan fácilmente los horrores en bellezas? Mortales, aprended á conocerla: es la enemiga de todos los excesos y la que solo ama la templanza y la verdad.

Pero mirad, Señores, mirad á esa virtud del todo celestial: ya la oigo, ya la veo. Huid vicios, callad pasiones, desapareced de aquí objetos seductores. Hipérboles, aquí estais de mas. ¿Podría ser para mí un recurso la exageracion cuando elogio un Pontífice que no amó sino la verdad?

Fijad ya, Señores, vuestras miradas no en ese túmulo que el dolor y el amor han levantado, sino en el alto cielo de donde vino nuestro Ilmo. Obispo, y á donde se ha vuel-

to, dejándonos en sus palabras y ejemplos el personal de la virtud, tal cual ella es; precedida de la sabiduría, seguida de la prudencia, y sostenida por la eternidad; sin nubes, sin debilidades, tolerando, instruyendo, y amando á los hombres; condenando los errores, no viendo en todo sino al cielo y no obrando sino para él solo.

Es, por esto, mi tema la letra del texto que elegí. "Exultavit ut gigas ad currendam viam."

Mirad á esa grandeza gigantesca cómo sale de Dios, recorre su camino, y se vuelve á Dios.

Vengo á hablaros de un hombre privilegiado, de un Sacerdote santo, de un Pontífice eminente, de una alma sublime, de un espíritu muy superior. Lo que acabo de decir no es ponderacion en obsequio de la oratoria, sino la sencilla expresion de una verdad desnuda. Hablo á una sociedad cristiana de su Príncipe, que hasta ayer hizo un año que vivía; á una grey que aún escucha el eco dulce de la voz que le atraía al rededor de su pastor; á una familia que siente aún la amorosa mano del Padre que muere acariciándole su frente: converso con vosotros, siguiendo el estilo del sublime Apóstol del amor, lo que oimos, lo que vimos con nuestros ojos, lo que miramos y palparon nuestras manos del hombre de Dios.

Hemos sido testigos presenciales de hechos, que uno bastaría para revelar el héroe: oimos de sus propios labios tales producciones, que una sola de sus palabras bastaría para formar su panegírico: ya fuera uno de los robustos principios de su criterio, tan científico como práctico, acentuado con la gravedad de un magisterio perfecto; ya una de aquellas sus determinaciones tan maduras por la reflexion, como probadas por la experiencia; ya una de sus providencias, en que se mostraba tan hábil en

la eleccion de los medios, como eficaz en la consecucion de los fines; ya una de sus palabras sueltas, que si eran fugaces como el relámpago, eran bastante luminosas para dejarnos percibir la inmensidad de sus miras, la sublimidad de sus aspiraciones, la profundidad de sus reservas: ya. . . . Pero, Señores, bastaba fijarse en el aire de su fisonomía, para reconocer en su augusta persona al Moisés de su pueblo, al Aarón de su Iglesia, al Samuel del Templo, al David del siglo, al Salomon de la Sion nueva, y exclamar con la reina del Austro. «Bienaventurados los que están siempre cerca de tí, y oyen de tus labios la Sabiduría!»

Entiendo por esto, que mi mision dista mucho de ser la de un historiador; ni es mi cometido el de un apolo-gista, ni están á mi alcance las elevadas apreciaciones del filósofo; y el solo título de orador avergonzaría mi insuficiencia. Colocado por el deber en este lugar, no me queda aspiracion posible, sino la de un pobre huérfano, que en el seno de la familia platica con sus hermanos mayores, lo que él en su calidad de pequeño, recuerda de su amado Padre. Son mas bien el objeto de mi conversacion los tiernos afectos, que el amor dejó grabados en mi corazon, que las reflexiones serias y profundas de un juicio ya formado.

A vosotros corresponde, Señores, apreciar los hechos, valorizar las circunstancias, relacionar los acontecimientos, levantaros á la altura de los fines, aprender en los concretos las bases generales de los procedimientos, y estimar en lo que valen el genio y las cualidades eminentes.

Soy un rústico que viendo al cielo mismo en que un avesado astrónomo fija su mirada, señala sin relacionar alguna que otra estrella de las grandes constelaciones,

cuyas leyes, hace años son el objeto de las profundas meditaciones del sábio. Estamos bajo el mismo cielo: fijemos ya nuestras miradas para ver el astro que cruza magestuoso del uno al otro cabo del firmamento.

Existe en Jalisco una rama del árbol, cuyo tronco se radica en el Vaticano hace diez y nueve siglos: no está cortada, ni marchita está; está viva, muy viva: está unida á la misteriosa vid, que trasplantada de Jerusalém á Roma, extiende sus robustos é inmensos brazos: cruza el Pacífico y el grande Oceano, comprende al globo, sus brazos vienen á enlazarse en el centro del hemisferio opuesto. En esa fecundidad inmensa tiene que distinguirse la rama de que hablo, la familia eminentemente católica de los Sres. Camacho. En vano intentaría desarrollar ante vosotros la genealogía de sus antepasados, para encontrar su origen entre las familias ilustres de la antigua España: el tipo y el carácter lo indican bastante claro. Fuera de que sería rebajar la grandeza de nuestro héroe, colocar sobre su tumba una guirnalda que hubiera de marchitar el tiempo.

La fé, no la sangre de los hispanos, fué la que engendró á los héroes. El oro, las ricas posesiones, las joyas de valía son el patrimonio de los herederos segun la sangre; pero los tesoros de la fé, son la rica herencia para los hijos del catolicismo. Ver al infante ilustre en los brazos de la Sra. D^a Matilde García de Camacho, era verle en el regazo de la pura Esposa de los Cantares. Ella á semejanza de la Madre de Moisés, nutría á su hijo, no para la corte de los Faraones, sino para que fuera ilustre entre los invictos campeones del cristianismo. ¡Felices, mil veces felices las madres que poseen el arte de transformar sus hijos, de hijos de los hombres, en hijos de

Dios, nutriéndolos con la fé mas que con su propia sangre!

¡Y qué diré viéndote á tí, bienaventurada Madre, cuando te contemplo meciendo en tus brazos al que en los designios de Dios nació ya Príncipe para regir nuestra Iglesia? ¡Con toda mi alma te bendigo, afortunada matrona! ¡Que te bendiga esta Iglesia! ¡Que te bendiga México! ¡Que Roma te bendiga! ¡Que te bendiga el Cielo! ¡Bendito tambien el suelo de Etzatlan! La cristiana Señora mereció sin duda que el fruto de su vientre fuera prevenido por Dios con bendiciones de dulzura, aún antes de nacer. "Prevenisti eum in benedictionibus dulcedinis." Su espíritu de oracion le mereció hijos dignos de la mas preciosa corona. "Posuisti in capite ejus coronam de lapide praetioso." (1) La historia de acuerdo testifica, que los hombres eminentes han sido siempre el fruto de la oracion.

Son en efecto, las madres cristianas los Apóstoles domésticos, los vehículos natos de la fé, las cisternas misteriosas de Pérsia donde el fuego de la caridad disfrazado en el líquido que, ahora circule por sus venas, ahora destile por sus pechos, ni es sangre, ni es leche; es el espíritu puro del amor divino.

El Sr. D. J. Anastasio, padre no menos virtuoso que feliz, se encargó personalmente de la instruccion primaria de su hijo, á fin de conservar ilesa la inocencia y el candor del niño. Llegaba el año veinte y nueve: el niño cumplia los once de su edad. Desde entonces tenia el buen testimonio de que habla el Apóstol. En concepto de todos cuantos le veían, no habia nacido el niño sino para el sacerdocio. Era que su modestia habitual, su natural

(1) Ecl. c. XII. v. 7.

gravedad y compostura, su notoria piedad y devocion en el templo, y aun los entretenimientos que le divertian eran indicio claro de una vocacion divina. Lo grave de la dificultad consistia en la manera de cultivar aquella preciosa alma, sin exponerla al contagio de un mundo todo malignidad.

Habia que formarle fuera de Etzatlan, habia que separarle del seno de su piadosa familia: era ya el tiempo en que el religioso Eleana pusiera en manos del sacerdote Heli al privilegiado Samuel. En efecto, en el Sr. Dr. D. Juan N. Camacho, Chantre de la santa Iglesia Catedral, deparaba la Providencia al niño un segundo padre, de cuya virtud y beneficencia es monumento la memoria reverente que aún conservan de él los hijos de Jalisco.

Guadalajara, afortunada ciudad, no sin razon llamada Seminario de Obispos, abre tus puertas al justo, deja que á la sombra de tu santuario, se abrigue el gran Profeta que ungirá á los reyes de Israel.

"Exultavit ut gigas ad currendam viam." No hay cátedra que no curse con lucimiento; sin excepcion merece en todos sus exámenes la calificacion *Suprema*; en los actos públicos deja tan satisfechos á los superiores, y tan honrados á sus maestros, como eran animados los aplausos de los concurrentes: "Proficiebat sapientia et aetate." (1) Su sabiduría crecía á la par que su edad, en cada instante. ¿Y qué fué lo que le granjeó el singular aprecio de los superiores? ¿Qué le mereció el distinguido honor, siendo pasante, de confiarle una vez la oracion inaugural latina, y otra el panegírico del Angel de las es-

(1) Luc. II. 52.